

LA FRONTERA: UN ESPACIO COMPLEJO EN LA PROBLEMÁTICA DE LA MARGINALIDAD DEL SIGLO XXI. APOSTILLAS A DOS NOVELAS ARGENTINAS

Marcela Crespo Buiturón*

Resumen: Como ya lo señalara Hebe Clementi, la frontera se ha constituido en un tópico iluminador de la problemática identitaria en nuestra literatura, emergiendo así un escenario discursivo, contestatario, en el que el paisaje resulta decididamente ideologizado. En el año 2010, fueron publicadas simultáneamente dos novelas que, de maneras peculiares pero solidarias, proponen una compleja puesta en diálogo de diferentes concepciones de la frontera, provenientes de los dos finales de siglos; tanto de posturas decimonónicas como de las últimas reflexiones filosóficas, antropológicas y literarias con respecto a las subjetividades subalternas y los problemas identitarios asociados a las ellas: *Oscura monótona sangre*, de Sergio Olguín, y *Kriminal tango*, de Álvaro Abós.

Palabras clave: Marginalidad, Frontera, Sergio Olguín, Álvaro Abós.

Abstract: *As Hebe Clementi has stated, the frontier has become a topic which has enlightened the identity issues pervading our literature. Thus a discursive, nonconformist setting has emerged where the landscape has been decidedly ideologized. In the year 2010, two novels came to light simultaneously. In a peculiar though supportive fashion, they propose a complex interaction of different conceptions of the frontier. These conceptions are to be traced back to both ends of the centuries. They originate in nineteenth-century postures as well as in the latest philosophical, anthropological and literary reflections on both subsidiary subjectivities and the identity issues associated to them: Oscura monótona sangre, by Sergio Olguín, and Kriminal tango, by Álvaro Abós.*

Key Words: *Marginality, Frontier, Sergio Olguín, Álvaro Abós.*

* Doctora en Filología Hispánica por la Universitat de Lleida (España) y Licenciada en Letras por la Universidad del Salvador (USAL). Investigadora del CONICET y de la Universidad de Buenos Aires. Coordinadora del área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras (IIFyL) de la USAL y Profesora titular de Teoría Literaria en esta misma institución. Correo electrónico: marcela.crespo@usal.edu.ar.

Gramma, XXV, 52 (2014), pp. 12-25.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía y Letras. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía y Letras. ISSN 1850-0161.

LA FRONTERA EN LA LITERATURA ARGENTINA: OBSERVACIONES PRELIMINARES

La noción de frontera ha despertado frecuentemente el interés de escritores, críticos y teóricos de diversas disciplinas. En la literatura argentina en particular, pueden encontrarse múltiples ejemplos de su presencia y de reflexiones en torno a ella en crónicas, diarios, novelas y otros textos ficcionales, así como en ensayos, ejercicios de crítica y teoría literarias.

Aparecida tempranamente en informes o diarios de viaje de expedicionarios provenientes de otras latitudes (ya en 1567, *Derrotero y viaje a España y Las Indias*, de Ulrico Schmidl, y *Diario de las Guardias y Fortines de la Línea de Fronteras de Buenos Aires*, escrito en 1796 por el capitán de navío español Félix de Azara, por citar algunos ejemplos), transita las páginas de numerosos textos argentinos durante el siglo XIX. Al respecto, en un reciente estudio, Batticuore, El Jaber y Laera proponen una clasificación tentativa en dos grandes grupos:

Uno surge del viaje exploratorio, que alterna la narración con descripciones de la naturaleza, los habitantes y las costumbres, como ocurre en el *Viaje al país de los araucanos* (1879) y *Callvucurá* (1884) de Estanislao Zeballos, o en *El viaje a la Patagonia Austral* (1879) de Francisco P. Moreno. El otro toma la forma del viaje ficcional, que recrea experiencias imaginarias sin renegar de la investidura testimonial que confiere el relato en primera persona, como sucede en *Martín Fierro* (1872-1879) al denunciar la dura vida en el fortín e instalar definitivamente el tópico de la huida del gaucho a tierra de indios (2008, p. 8).

Sea de una u otra forma, los relatos de frontera decimonónicos suponen la instauración de un adentro y un afuera que se corresponden, en la mayoría de los casos, con la ciudad, por una parte, y la campaña o el desierto (también ese afuera puede ser el exterior del país, como lo plantean los escritos de los exiliados Sarmiento, Alberdi o Mármol), por la otra; un espacio reservado a la civilización, frente a otro que ocupa la barbarie.

Lucio V. Mansilla, con *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), se erige, entonces, como una voz discordante en este entorno, ya que recoge «...los diversos contenidos político ideológicos que se juegan en los modos de relacionarse con la frontera y de narrar esa relación» (Batticuore, El Jaber y Laera, 2008, p. 12) y la discusión acerca de cómo avanzar sobre ella, que se había intensificado en la década de 1870, acercando una mirada insólita para ese entonces, que supera los prejuicios hacia el habitante del otro lado de la frontera y lo presenta como un otro semejante, sujeto de la cultura, según lo señalara Lojo en su trabajo «La frontera en la narrativa argentina» (1996), despojado de los desvalores que le imponía su anclaje en el espacio de la bestialidad (Biagini, 1980). Aunque fuera Sarmiento quien se inspirara en el norteamericano Fenimore Cooper y sus *Leatherstocking Tales*, por la «...comprobación de la influencia del medio físico sobre los hábitos y costumbres de sus habitantes» (Servelli, 2008, p. 181) que este autor destacaba, es la visión de Mansilla la que más se acerca a la de Cooper en cuanto al nexo fraternal entre el héroe blanco y el indígena,

que aseguraba una apuesta a una suerte de identidad nacional (Anderson, 2000).

Curiosamente, y abriendo un resquicio artísticamente productivo, ese espacio vacío, salvaje, de ese otro lado de la frontera ya había adquirido—agrega Lojo (1996) a la discusión— una paradójica envergadura estética al presentarse, en un texto como el *Facundo* (1845) de Sarmiento, como «...matriz posible de la poesía y como forja de cierta imagen modélica de lo argentino» (p. 125). Asimismo, en *Amalia* (publicada en forma de folletín en 1851 y luego en libro, en 1855), de José Mármol, se percibía una inversión en la valoración de esos espacios antagónicos: la naturaleza como lugar cósmico —en el sentido de ordenado— y la urbe como anclaje de lo corrupto; y *El matadero* (escrito entre 1838 y 1840, y publicado recién en 1871), de Esteban Echeverría, con su presentación de aquel mundo civilizado de la ciudad convertido, carnavalesca y grotescamente, en el ámbito de la barbarie más extrema, despojándolo así del sentido liberador y fecundo del carnaval medieval (p. 127). El mismo cuestionamiento a la constitución de opuestos inconciliables, y que responden a generalizaciones en cierta medida temerarias, que se esconde detrás de las palabras de esta investigadora, había determinado ya su abordaje en *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX)* (1994).

A fines del siglo XIX, reaparece la imagen de la frontera como división de mundos (Ludmer, 1994), reinstalando el carácter negativo del otro, considerado como amenaza. Dos textos pueden tomarse como ejemplos de este fenómeno: *Juan Moreira*, novela publicada por Eduardo Gutiérrez como folletín, entre noviembre de 1879 y enero de 1880, en el diario *La Patria Argentina*, y convertida en obra de teatro por el mismo autor en 1884, en el que el indio es devuelto al espacio de la barbarie (Regazzoni, 2003), restableciéndose la línea divisoria entre dos ámbitos antagónicos; y *El libro extraño*, de Francisco Sicardi, novela en cinco volúmenes, aparecidos entre 1894 y 1902, cuyos personajes negativos (particularmente el tomo II, de 1895) están representados por los primeros habitantes del suburbio. Considerados marginales por el narrador, ubicados en un intersticio entre el gaucho y el compadrito, son presentados como incapaces de incorporarse a la fuerza incontenible del progreso que representa la nueva raza de inmigrantes propulsores del crecimiento del país, y son confinados al borde de la ciudad. Paralelamente, una fuerza xenófoba se abre paso en la literatura argentina de la mano de textos emblemáticos como *En la sangre* (1887), de Eugenio Cambaceres, mientras, unas décadas después, la vanguardia de los años veinte rescatará a aquel marginado habitante de los suburbios y recreará, en una suerte de criollismo urbano, una atractiva imagen de frontera que dará lugar a un tópico muy transitado por nuestra literatura: el de las orillas (Sarlo, 1981). Así, los escritores que conformaban el grupo de Boedo (Elías Castelnuovo, Álvaro Yunque, Leónidas Barletta, etc.), en esas primeras décadas del siglo XX, mostrarán del pobre, del habitante de esos suburbios, una mirada menos sombría y desangelada que la que frecuentemente se cernía sobre él (Portantiero, 1961).

Escapando constantemente a esas generalizaciones y afanes definitorios homogeneizantes, la literatura argentina ha ido desplazando, reelaborando y resemantizando permanentemente la noción de frontera. Y el siglo XX ha sido muy prolífico con respecto a la ficcionalización

de esta. Dos ejes vertebradores pueden identificarse en las ficciones de este siglo: el Sur y Europa (Lojo, 1996). Dentro del primero, numerosos escritores dan cuenta de ello: desde los textos de Ricardo Güiraldes o Benito Lynch, pasando por los de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, hasta Eduardo Belgrano Rawson, Osvaldo Bayer o Leopoldo Brizuela, entre muchos otros. Y si bien ha sido abordado desde la ficción (Marcos Aguinis, Horacio Vázquez Rial, María Rosa Lojo y otros tantos), el ensayo, especialmente, ha ocupado un espacio preponderante en el tratamiento del otro eje, el europeo. Así, por ejemplo, Ezequiel Martínez Estrada, Enrique Anderson Imbert y Héctor Murena son ejemplos destacados de quienes han destinado numerosas páginas de reflexión en torno a aquel.

Una alternativa que merece ser considerada especialmente es la que se refiere a los movimientos migratorios internos. Habiendo ocupado un espacio negativo en la literatura culta del mediados de siglo— aunque en 1957, Bernardo Verbitsky publicara *Villa miseria también es América*, una novela cruzada con el periodismo de denuncia social y política en la que la villa, conformada por migrantes internos y de los países limítrofes, es presentada como un espacio en el que se destaca la vida familiar y trabajadora de sus habitantes—, se reinstala el contraste debido al origen (campo versus ciudad, así como diferencias raciales que suponen otra de las dicotomías clásicas: lo aborigen frente a lo europeo), constituyendo una nueva forma de marginalidad urbana. El cuento «Cabecita negra», de Germán Rozenmacher, ilumina una escena ejemplar:

—Mire estos negros, agente, se pasan la vida en curda y después se embroman y hacen barullo y no dejan dormir a la gente.
Entonces se dio cuenta que el vigilante también era bastante morochito pero ya era tarde (1961, p. 7).

Frente a los rasgos culturales definitorios de las configuraciones de tipo tradicional del inmigrante interno, se oponen los de la modernidad de los habitantes urbanos, dando como resultado la reelaboración del concepto de colonia en la que el Centro de Desarrollo de América Latina ha considerado y denominado «colonia interna» (DESAL, 1969), cuya ubicación vuelve a estar en el espacio negativo de los suburbios. Así se abre el diálogo y la discusión en torno al concepto de «frontera interior» (Servelli, 2010, p. 31), que había recogido y analizado Alejandro Grimson al comentar la distinción entre *frontier* y *border*, que alude a una frontera en expansión entre un estado nacional y una sociedad aborigen, la primera; y una frontera política entre estados, el segundo (Grimson, 2000).

Un nuevo viraje se produce cuando la literatura argentina se une al rescate, que se registra en todo el mundo, de las subjetividades subalternas desde los años sesenta en adelante. Van apareciendo otros textos que proyectan una mirada reivindicadora de aquellas, como es el caso de *Con otra gente* (1967), de Haroldo Conti. La frontera despliega, entonces, múltiples proyecciones con respecto a esas subjetividades marginadas (indígenas, inmigrantes, mujeres,

homosexuales, travestis o transexuales, villeros, exiliados, etc.), constituyéndose en tópico desde el que se practica un cuestionamiento radical a las antinomias culturales y raciales, así como genéricas, socioeconómicas y políticas. Las ficciones de autores argentinos de las últimas décadas del siglo xx y principios del xxi (Sergio Cheifec, César Aira, etc.) reelaboran, configurando un modo diferente de representar la pobreza encarnada en la figura de la villa, ya no tan ligado a la estética realista tradicional de aquellos escritores «...que sostenían una función social para la literatura» (Saitta, 2006, p. 90), y discuten una y otra vez las posturas tradicionales con respecto a la frontera, sus límites e (im)posibles definiciones que, en definitiva, no son más —ni menos— que un cuestionamiento a las definiciones positivistas que tienden a la homogeneización de la identidad personal y cultural. En esta imprecisión de límites, opera lo que Saitta llama—pensando especialmente el caso de *El aire* (1992), de Sergio Cheifec, y lo que esta novela anticiparía— una suerte de pampeanización de la ciudad: una idea interesante porque significa que Buenos Aires «...deviene pampa, deviene llanura, deviene puro vacío» (2006, p. 99), es decir, que ha invertido polaridades con el afuera de la frontera.

Como ya lo señalara Hebe Clementi (1987), la frontera se ha constituido, entonces, en un tópico iluminador de la problemática identitaria en nuestra literatura, así como en la de muchos otros países americanos, y los textos surgidos en el tratamiento de esta cuestión, como bien sostiene Servelli, dan cuenta:

... del proceso de integración de fronteras interiores y las problemáticas anexas fueron consolidando un corpus bibliográfico específico que terminó sombreando una zona particular, de límites ambiguos, en el mapa de la literatura argentina. El conjunto discursivo podría describirse como expresión de un vínculo inescindible: aquel que relaciona el territorio, la representación verbal del paisaje y la cultura vernácula con la identidad nacional en cierne (2010, p. 33).

Se va construyendo así una *literatura de frontera* (Viñas, 1981), en la que, consecuentemente, esta última noción va perdiendo ese carácter de territorio yermo y virgen, objeto de apropiación de la cultura occidental, promovida por «...un sujeto hegemónico que en tanto nombra y asigna los sentidos, se afirma como portador de los contenidos civilizatorios que llenarán el espacio vacío» (Servelli, 2010, p. 40) y confina al otro—desde su posición nominadora, participe de una raza que, como ya Kant lo planteara en su *Antropología desde un punto de vista pragmático*, se propone «...como la humanidad en sí misma [...] superior a las demás» (Chukwudi Eze, 2008, p. 53)—a un «espacio inevitable» signado por coordenadas desfavorables en las que «...la diferencia se degrada en desigualdad; la igualdad, en identidad» (Todorov, 2008, p. 179).

Emerge, entonces, en nuestra literatura de frontera, un escenario discursivo, contestatario, en el que el paisaje resulta decididamente ideologizado.

UNA NUEVA PERCEPCIÓN DE LA FRONTERA INTERIOR

En el año 2010, fueron publicadas simultáneamente dos novelas que, de maneras peculiares pero solidarias, proponen una compleja puesta en diálogo de diferentes concepciones de la frontera, provenientes tanto de posturas decimonónicas como de las últimas reflexiones filosóficas, antropológicas y literarias con respecto a las subjetividades subalternas, es decir, imperantes en los dos finales de siglos: *Oscura monótona sangre*, de Sergio Olguín, y *Kriminal tango*, de Álvaro Abós.

En ambas novelas se lleva a cabo una suerte de mapeo de la criminalidad urbana, en la que los personajes que abiertamente se posicionan en la marginalidad —especialmente basureros y cartoneros— traspasan los límites impuestos por la sociedad ordenada y clasificadora, no como una apuesta a la circulación, sino como una amenaza de invasión, configurando un cierto concepto del espacio público que no circunscribe la pobreza ya, como sostenía Nicolás Rosa, a los «...sitios secretos de la ciudad: estaciones, vías férreas, subsuelos, subterráneos, etc.» (1997, p. 127), sino que opera desbaratando las fronteras establecidas: tanto en *Oscura monótona sangre* como en *Kriminal tango*, si bien se localizan las zonas de pobreza en los barrios del sur de Buenos Aires y en los suburbios (Constitución, Lanús, etc.), no solo los marginales invaden lo que se consideraba tradicionalmente «el centro», sino que sus supuestos representantes —el empresario Andrada en la primera; el inspector de policía Muñecas en la segunda— traspasan la frontera e incursionan en «el otro lado».

Esa invasión de los marginales no tiene nada que ver con el caso que analiza Saítta (2006) de *Vidas proletarias (escenas de la lucha obrera)*, de Elías Castelnuovo, publicada en 1934, en la que un grupo de parias y desocupados avanza sobre la ciudad exigiendo trabajo para todos. Los marginales de Olguín y Abós imponen su presencia incómoda y amenazante y determinan, en gran medida, cuáles son las zonas por las que se puede o no circular:

—Atilio, ¿qué pasa con los cartoneros?

—Nada que yo sepa, don Julio. ¿Hicieron algo esos turros?

Atilio había llegado al edificio hacía siete años [...] Le habían dado de baja en la policía, pero mantenía el espíritu de la Fuerza. Estaba siempre atento y vigilante. [...]

—Ayer mi hija me dijo que la incomodan.

—Déjeme los a mí. A esos hijos de puta habría que sacarlos de acá... (Olguín, 2010, p. 80).

Si el «...mundo de los pobres que representa Castelnuovo es un mundo de violencia y de derrota». (Saítta, 2006, p. 93), el de estas novelas mantiene la primera y la exagera, mientras desplaza la segunda también hacia el mundo de la clase alta: Julio Andrada, el empresario de *Oscura monótona sangre*, termina perdiéndolo todo y preso; y Claudio Levinski, el contador de la élite económica de Buenos Aires en *Kriminal tango*, asesinado.

Pero la propuesta de ambos escritores no es la inversión de destinos, que revertiría «... la política de avance de la frontera sobre los indios y el consecuente aprovechamiento de las tierras conquistadas al desierto» (Servelli, 2010, p. 32) que se registraba en la literatura decimonónica, así como en algunas novelas del siglo XX que la reafirman. No apelan a una suerte de «justicia social» en la que los pobres salen vencedores, mientras los ricos son ajusticiados, sino al cuestionamiento radical de esa visión antinómica y racionalizada. El poder económico se administra en la ciudad, pero se digita desde el suburbio; la delincuencia —en su forma más violenta o solapada— opera en ambos espacios: prostitutas, ladrones y asesinos surgen de la villa, del basural o de los estudios contables:

—Levinski y Frogman ¿hacían trampa? —le preguntó Muñecas a la perito Sarti.
 —Levinski y Frogman, inspector, o Frogman y Levinski —dijo la mujer mientras hojeaba la agenda de cuero [...] limpiaban lo que otros ensucian. ¿A qué quiere que se dediquen las aves negras? (Abós, 2010, p. 115).

Los protagonistas de estas novelas son personajes de difícil —si no imposible— catalogación. Se mueven a ambos lados de la frontera interna (la que divide la urbe de la villa o del basural), enfrentándose a los marginales, pero también rebelándose ante las normas del poder hegemónico, utilizando estrategias que no permiten considerarlos ajenos del todo, ni partícipes tampoco, de cada ámbito. No se hallan cómodos en ningún lado porque son habitantes del intersticio.

Son personajes fronterizos, que condensan la frontera dentro de sí mismos. Los límites, para ellos, son impuestos y transgredidos por sus deseos, no por las reglas de una sociedad panóptica. Y ese deseo está fuerte y sorprendentemente vinculado a lo estético (recuérdese que uno es empresario y otro, policía: no precisamente las profesiones desde las que se espera tradicionalmente la observación y celebración de la belleza).

Para pensar estas novelas y estos personajes, se impone, ante todo, la necesidad de cambiar las coordenadas epistemológicas. Si lo que intentan aquellas es pensar de otra manera tanto al uno de la ciudad como al otro que habita en esta suerte de colonia interna que constituye la villa miseria, con su estatus de marginal y su traspasar la frontera y deambular por la ciudad; si la idea es desprenderse del pensamiento colonial y adoptar una postura crítica frente al paradigma europeo de la racionalidad moderna; entonces, como lo sostiene Walter Mignolo, «...la descolonización no es ya un asunto de revolución armada sino de revolución en las premisas del pensar» (2008, p. 12). Un empresario que asciende sospechosamente en la escala económica y social desde un barrio pobre de Lanús hasta llegar a Recoleta y un policía inserto en una institución altamente cuestionada por un pasado de represión y un presente corrupto; un hincha de Huracán y un *habitué* de una vieja tanguería; un soñador que escruta el cielo de la urbe buscando estrellas invisibles y un nostálgico que escucha acordes de violín tras los sonidos de una calle desierta. Estos personajes parecen una apuesta por lo que Mignolo llama «la opción descolonial», que:

... comienza precisamente por des-colonizar toda pretensión teórica de totalidad. Esa es una tarea para quienes creen y necesitan “controlar” la totalidad en las redes de UNA teoría. Es una tarea para quienes creen en una “realidad” ahí afuera que hay que transformar, y por lo tanto, “controlar” para que ello se haga de la única manera posible, que es la manera en que el enunciante en cuestión personalmente (como defensor y promotor de LA teoría) ve las cosas. La descolonialidad del saber y del ser comienzan por descolonizar este sentido común imperial que acabo de mencionar (Mignolo, 2008, pp. 16-17).

En las vidas de Andrada y Muñecas nada es unidireccional. Las élites económicas y políticas han perdido la capacidad de control; el otro marginal ha invadido la ciudad y dispone de los espacios obligando a quienes supuestamente detentan el poder a recluirse en guetos de lujo (edificios con custodia privada o *countries*); y toda lectura de la realidad resulta sospechosa y ambigua: ya no queda claro quién es la víctima y quién, el verdugo, porque en cada personaje se encuentra, por momentos, visible una y latente el otro: «Al final terminamos siendo de alguna manera cómplices de los criminales que combatimos» (Abós, 2010, p. 314), instalando un panorama complejo y conflictivo que bien podría responder a lo que sostiene Homi Bhabha: «El reconocimiento del sujeto como ‘mismo y otro’ [...] resulta incompatible con la representación del pueblo nacional como *e pluribus unum*» (2013, p. 25), es decir, con esa idea de totalidad presente en las palabras de Mignolo citadas anteriormente.

Pero no se trata de la tendencia, que como sostiene Grimson, se ha venido registrando desde los años ochenta, de desbaratar «...los relatos nacionales de homogeneidad [que] fueron desacreditados, no solo por los procesos de globalización sino también por las dinámicas emergentes indígena, afro, mestizas y regionales» (2011, p. 22), sino que lo que plantean estas novelas es la posibilidad de dejar de pensar la relación con el otro desde el enfoque imperial. El «...carácter borroso de las fronteras e híbrido de las culturas» (2011, p. 22) que este investigador enfatiza no se encuentra entre un miembro de la esfera de poder hegemónico y un otro marginado por aquel, sino que descansa en el seno mismo de la identidad del personaje desde el que se enfoca el relato y en la visión que este tiene del entramado social:

Muñecas le explicó a su jefe que Levinski y el Cuerda vivían en mundos paralelos. Pero dijo también que las redes del crimen se enlazan en tantos puntos de la ciudad, que al final conforman un tejido espeso y consistente, un único y mismo cuerpo (Abós, 2010, pp. 314-315).

En definitiva, son paralelos que en algún momento se cruzan: puntos diferentes que se vuelven idénticos. Los protagonistas de estas novelas, frente a una sociedad ordenada y regida por premisas de una razón colonial, encarnan, tal vez, esa mirada des-colonial de la que habla Mignolo.

La postura de Grimson en *Los límites de la cultura* reinstala el enfrentamiento entre lo ontológico y lo epistemológico:

Los distintos colores de piel existen, así como los diferentes cabellos o las distintas formas de nariz. Pero ningún rasgo físico tiene un significado intrínseco. Nosotros utilizamos esas diferencias para imaginar fronteras entre conjuntos de seres humanos, fronteras que son reales dado que nosotros mismos las realizamos. Pero lo que permanece oculto por en esa fronterización es el proceso productivo de los límites por parte de los seres humanos (2011, p. 25).

Con claros virajes hacia el pensamiento nietzscheano, Grimson intenta explicar por qué la metáfora de la construcción social se ha agotado, a través de la idea de que todo lo humano es construido, lo cual, aunque no le hace perder el estatus de realidad, sí desestima su operatividad: ¿para qué sostener la construcción cultural o identitaria, específicamente, si todo lo humano está sujeto a ese mismo proceso de construcción?

Esas diferencias instrumentales que levantan fronteras y permiten la emergencia de conjuntos de elementos solidarios, opuestos unos a los otros, a las que alude el antropólogo operan, como se ha sugerido ya, en el interior de los personajes de las novelas de Olguín y Abós, Andrada o Muñecas, exponiendo de la labilidad de esas fronteras sociales que proponen un simulacro de homogeneidad que no es posible ni siquiera en el interior de cada hombre, mucho menos en la red social.

Julio Andrada, arrastrando un pasado de pobreza e inseguridades en un barrio bajo de Lanús, vive en un lujoso edificio de Recoleta, sintiéndose tan ajeno en un espacio como en el otro. Cada mañana, de camino a su fábrica, recorre el trayecto inverso a su ascenso social, bordeando voluntariamente la villa 21. La contemplación de esta es una suerte de recordatorio permanente de lo que lo acecha: su primo había perdido su fortuna y había terminado viviendo en una villa miseria; lo mismo podía sucederle a él. Es un espacio especialmente peligroso, porque está enclavado en la ciudad misma, obturando la posibilidad de erigir una frontera definida entre la pobreza y la riqueza. Asimismo, del otro lado, en los suburbios, también hay espacios de lujo: alguna vez él había fantaseado con la posibilidad de comprarse una «...casa en Lanús, una de esas lindas casas que se hacían construir los que habían hecho plata y no se querían ir del barrio» (Olguín, 2010, pp. 183-184). La villa comienza, entonces, a invadir su pensamiento y no espera a que sus habitantes salgan de allí a buscarlo: se adentra entre las precarias construcciones, contrata los servicios de una prostituta adolescente salida de una de esas mismas casas y se la lleva a su fábrica... El tercer espacio, tal vez. Un lugar intersticial, entre el pasado de pobreza y el presente de opulencia; entre los barrios bajos y los altos; entre el adentro y el afuera; un lugar de tránsito y permanencia simultáneos: el que le permitió ascender social y económicamente, *pasar* de los suburbios al centro, de una clase socioeconómica a otra, pero el que lo *retiene* como único espacio que siente propio (solo

utiliza el posesivo cuando se refiere a la fábrica; nunca cuando habla de su departamento en Recoleta). Allí, a la fuente de su fortuna, instalada en el corazón de Lanús, es adonde lleva a Daiana, la prostituta que saca de la villa.

Por su parte, Juan Muñecas, inspector de homicidios de la Policía Federal, investiga el asesinato del contador Levinski. Moviéndose tanto entre las altas esferas del poder económico porteño como por los basurales de las afueras de la ciudad, entre empresarios y delincuentes, expulsado por unos y por otros debido al permanente cuestionamiento de sus leyes, también crea ese tercer espacio en los viejos cafés de Buenos Aires: «Esos cafetuchos estaban unidos a la vida de Muñecas, y temblaba al pensar que, en cualquier momento, como cada día en Buenos Aires, la piqueta o los negocios inmobiliarios los convertirían en recuerdo» (Abós, 2010, p. 78).

Ambos personajes sostienen una lucha sin tregua, que parece dirigida hacia el *otro* lado de la frontera: Andrada cree vencer a la villa, el peligro que esta representa, al sacar a Daiana de allí; mientras el inspector Muñecas hace otro tanto desbaratando una banda de la mafia del basural de Buenos Aires. Pero, como se ha sostenido anteriormente, nada es unidireccional en estos personajes. Al mismo tiempo que libran esta batalla, aparece la sombra de otra: Andrada luchando contra la ajenidad de su entorno actual, de *este* lado de la frontera; y Muñecas, en contra de la corrupción del sistema legal del poder institucional.

Pero la fábrica de Andrada y los cafés de Muñecas son, en realidad, lugares en los que estos personajes vislumbran la negociación de la alteridad, porque el tercer espacio se resiste a ser localizado físicamente. Es por ello que los lugares de estas novelas son lábiles, ambiguos, movibles.

EL TERCER ESPACIO POSIBLE

Alcanzar la igualdad en y por la diferencia es un desafío que supondría la complementariedad y reciprocidad de singularidades (Balibar, 2003). Y en esta cuestión, la problemática del reconocimiento, pensada y repensada incansablemente, es fundamental y «...tiene que ver con [esa] negociación de la alteridad, no con acomodar diversas culturas o identidades múltiples en un mismo sitio. El tercero es el lugar del testigo, el momento de un giro hacia el vecino o forastero asimétrico» (Bhabha, 2013, p. 32). Andrada y Muñecas están en ese espacio paradójico y, por eso mismo, intersticial, condenados «...a ser el mismo y el otro» (Kristeva, 1991, p. 194). Están en el lugar donde la igualdad no se consigue a través de la neutralización de la diferencia, sino del énfasis en el aspecto relacional entre las diferencias. Lo que Arendt (2003) denominó el *inter-est*.

Es un espacio conflictivo, ambiguo, perturbador, que reformula el concepto de unidad, ya que en él coexisten la igualdad y la diferencia, la universalidad y la singularidad.

Andrada y Muñecas inician en cada novela una tentativa de continuidad entre el mundo del *uno* y el mundo del *otro*. Andrada recorre la ciudad, desde los barrios altos a la villa, circula, contrata prostitutas y asesina a ambos lados... Ese andar —y actuar— del empresario opulento

de origen humilde consigue establecer formas especulares entre un mundo y el otro, hasta tal punto que a él mismo —y al lector con él— les cuesta distinguir espacios y actores. Muñecas, por su parte, dibuja un derrotero semejante: rebusca *basura* en los estudios contables de la élite económica porteña, así como descubre los lucrativos *negocios* del basural de Buenos Aires. Contadores o mafiosos arriban desde su mirada a un desdibujar las fronteras. No es un borramiento de las diferencias, sino una continuidad que las enlaza en una suerte de unidad. Hay en estos personajes un movimiento que permite ver volcarse el yo hacia afuera, al mismo tiempo que se opera una transformación del exterior, entablando «...una relación íntima, con uno mismo y con los demás» (Bhabha, 2013, p.44). Andrada y Muñecas podrían ser considerados los traductores que operan en lo que este pensador considera:

... un lugar dialógico —un momento de enunciación, identificación, negociación— que se veía súbitamente despojado de su dominio o soberanía en medio de un campo de fuerzas marcadamente asimétrico y desigual. En un espacio intercultural de enunciación, en la intersección de distintos lenguajes en pugna por la autoridad, se abre por medio del proceso de diálogo un espacio de traducción que sirve como lugar de negociación... (Bhabha, 2013, p. 81).

Hay que insistir en la idea de que no aparece en estas novelas ningún afán reivindicatorio. No se trata de invertir destinos, reposicionar esferas de poder, sino de pensar la noción de unidad y el papel de la diferencia —entendido tradicionalmente como amenaza para la consecución de aquella y reconceptualizado en las reflexiones actuales— desde otra óptica: la de la terceridad, ese espacio que desbarata las dicotomías imperiales que el pensamiento moderno no ha conseguido abandonar. Son relatos que, como sostiene Zubieta:

...parecen haber sido fabricados por una maquinaria biopolítica, lo cual deja un vacío, una deuda, un déficit: encontrar la voz para esas presencias que este exceso [el del cuerpo] evidentemente no logró, repitiendo una violencia poscolonial que aún no se pudo superar (2012, p. 267).

Estos personajes enfatizan, en el diálogo —entendido como negociación—, lo indecible, exponiéndolo no como exceso, sino como ambivalencia fundamental de la estructura del conocimiento moderno (Habermas, 1989).

Luego de asesinar a uno de los cartoneros que se habían instalado frente a su departamento de Recoleta, Andrada abre un espacio en el que sus dos mundos coinciden. Daiana, la prostituta adolescente que sacó de la villa, y Florencia, su hija; Julio, el hijo de su primo al que también planeaba salvar de la miseria, y Elsa, su esposa, y Gonzalo, su otro hijo; todos ellos se encuentran convocados en la página final de la novela:

Lo primero que pensó cuando volvió a pensar fue en Julio. No en él, sino en el hijo de su primo. No iba a estar el jueves para atenderlo, para darle la oportunidad de comenzar una vida distinta.

[...] Daiana encerrada en el departamento, el paquetito de paco que guardaba en su escritorio y que era el nexo entre él y aquella noche de lluvia. Pensó en Florencia, en que no iba a poder ayudarla con la mudanza en el fin de semana. Y en Elsa, en el viaje de Elsa y de él a Estados Unidos para vera a Gonzalo. Todo había acabado (Olguín, 2010, p. 183).

A pesar de sus diferencias, fácilmente se enlazan en su pensamiento Florencia y Daiana, Gonzalo y Julio, los niños con el futuro asegurado y los excluidos del estado de bienestar.

Muñecas intenta, por su parte, traducir un entramado de corrupción y violencia, de víctimas y victimarios cuyo rol vio oscilar sospechosamente y cuyo relato se resiste al lenguaje institucional del informe policiaco:

Cuando llegó al Departamento, desierto a esa hora, Muñecas se sentó en su escritorio de Homicidios e intentó escribir el informe. Era su obligación de oficial de policía. Permaneció un largo rato abstraído, la vista fija en algún punto, en nada, pensando cómo contar lo que había sucedido.

Finalmente, escribió: *Ayer a las veintitrés horas fue capturado un sujeto llamado Hilario Cuerva, sospechoso de homicidio, secuestro, robo y asociación ilícita. El nombrado puso fin a su vida arrojándose al vacío* (Abós, 2010, p. 318).

Luego de acompañar al personaje en la pesquisa de una red de turbios negociados que ponían bajo sospecha tanto a Cuerva, como chivo expiatorio de la organización mafiosa del Basural, como a esos «ladrones de guante blanco» representados por el contador Levinski, y a la Policía misma, el informe de Muñecas no puede leerse más que como una explicitación de lo intraducible.

Esa suerte de contigüidad entre los mundos de Andrada y los de Muñecas, intraducible en el lenguaje del poder, de la racionalidad, halla, sin embargo, una posibilidad de emergencia y encuentro en lo estético, en esa percepción de la belleza hallada en lo insólito:

Se agachó para dejar suavemente el arma en el piso. Se quedó agachado. Miró al cielo y casi no vio estrellas. ¿Dónde estaban todas las que había visto con Florencia una hora antes? Tendrían que mudarse a un lugar donde hubiera más estrellas en el cielo. [...] Andrada acercó su mano al cuerpo del muchacho y recorrió con las yemas de sus dedos los tatuajes. Cerró los ojos y sintió la piel de Daiana, el cuerpo de la chica entregado a sus manos. Andrada acariciaba el cuerpo de Daiana una vez más. ¿Pero se puede acariciar un sueño? (Olguín, 2010, pp. 183-184).

Mientras Muñecas vuelve a su casa por esas calles que convocan prostitutas, miserables que rapiñan restos de comida, provincianos pobres sentados en los portales de pensiones baratas (Abós, 2010, p. 317.), pensando «... qué tango le habría gustado tocar esa noche. Sí, esa noche le habría gustado tocar ‘Responso’. Y no necesitó el violín para que ‘Responso’ sonara en su cabeza más suave que nunca. Más triste» (p. 318).

Ese dedo de Andrada acariciando los tatuajes del cartonero y el tango triste que brota de los postes de alumbrado en el derrotero final de Muñecas abren un tercer espacio desde el que se convocan las diferencias de ambos mundos e intentan traducir sus lenguajes, en un claro gesto de rebeldía hacia las racionalidades antinómicas del pensamiento imperialista y marcando una orientación diferente a la decimonónica, en la que podía explorarse en el «...conjunto discursivo [... la] expresión de un vínculo inescindible: aquel que relaciona el territorio, la representación verbal del paisaje y la cultura vernácula con la identidad nacional en ciernes» (Servelli, 2010, p. 33).

Podría pensarse, entonces, que la frontera ha reafirmado aquí, no su carácter negativo, divisor y opositor de mundos, tampoco su afán de definición identitaria homogénea, sino su capacidad para alcanzar la complementariedad y reciprocidad que sostenía Balibar, en la creación estética.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abós, A. (2010). *Kriminal tango*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Andermann, J. (2000) *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Arendt, H. (2003). *La condición humana*. Buenos Aires: Paidós.
- Balibar, E. (2003). *Nosotros, ¿ciudadanos de Europa?: Las fronteras, el Estado, el pueblo*. Madrid: Tecnos.
- Bhabha, H. K. (2013). *Nuevas minorías, nuevos derechos. Notas sobre cosmopolitismos vernáculos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Batticuore, G., El Jaber, L., y Laera, A. (Comps.). (2008). *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Biagini, H. (1980). *Cómo fue la generación del 80*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Clementi, H. (1987). *La frontera en América*. Buenos Aires: Leviatán.
- Chukwudi Eze, E. (2008). El color de la razón: la idea de “raza” en la Antropología de Kant. En Castro-Gómez, S., Chukwudi Eze, E. y Paget, H. *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial* (pp. 21-82). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Centro de Desarrollo de América Latina (DESAL). (1969). *La marginalidad en América Latina: un ensayo de diagnóstico*. Barcelona: Herder.
- Grimson, A. (Comp.) (2000). *Fronteras, naciones e identidades. La periferia como centro*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus-La Crujía.

- Grimson, A. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Habermas, J. (1989). *El discurso filosófico de la modernidad*. Madrid: Taurus.
- Kristeva, J. (1991). *Extranjeros para nosotros mismos*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Lojo, M. R. (1994). *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires, Corregidor.
- Lojo, M. R. (1996). La frontera en la narrativa argentina. *Hispanérica*, (75), 125-136.
- Ludmer, J. (1994). *Las culturas de fin de siglo en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Mignolo, W. (2008). Introducción de: Mignolo, W. (Comp.). *El color de la razón: racismo epistemológico y razón imperial* (pp. 7-19). Buenos Aires: Ediciones del Signo.
- Olguín, S. (2010). *Oscura monótona sangre*. Buenos Aires: TusQuets.
- Portantiero, J.C. (1961). *Realismo y realidad en la literatura argentina*. Buenos Aires: Procyón.
- Regazzoni, S. (2003). Presencia italiana en el teatro rioplatense: acerca de 'Juan Moreira'. Recuperado 3 de febrero, 2014, desde <http://www.mundoclasico.com/articulos/verarticulo.aspx?id=0013191>
- Rosa, N. (1997). *La lengua ausente*. Buenos Aires: Biblos.
- Rozenmacher, Germán (1961). *Cabecita negra*. Recuperado 3 de febrero, 2014, desde http://www.elortiba.org/pdf/German_Rozenmacher_Cabecita_negra.pdf
- Sáitza, Sylvia. (2006, agosto-diciembre). La narración de la pobreza en la narrativa argentina del siglo xx. *Nuestra América*, (2), 89-102.
- Sarlo, B. (1988). *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Servelli, Martín. (2008). Desierto y literatura. Fronteras de la identidad. En Jitrik, N. (Ed.). *El despliegue. De pasados y de futuros en la literatura latinoamericana* (pp. 181-187). Buenos Aires: NJ Editor.
- Servelli, Martín. (2010), ¿Literatura de frontera? Notas para una crítica. *Iberoamericana. América Latina, España, Portugal: Ensayos sobre letras, historia y sociedad. Notas. Reseñas iberoamericanas*, 10(39), 31-52.
- Todorov, T. (2008). *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI. Texto original publicado en 1982.
- Viñas, David. (1982). *Indios, ejército y frontera*. México: Siglo XXI.
- Zubietta, Ana María. (2012). La llegada y la presencia de los otros. Migrantes de viejo y de nuevo cuño. En Luengo, A. Y Schlickers, S. (Eds.). *La reinención de Latinoamérica: Enfoques interdisciplinarios desde las dos orillas* (pp 243-253). Frankfurt: Peter Lang.